

# AMBIEN-TICO

Revista mensual del proyecto Actualidad Ambiental en Costa Rica  
Dirección: Eduardo Mora · Montaje: Cecilia Redondo · Circulación: Enrique Arguedas  
Escuela de Ciencias Ambientales · Universidad Nacional · Costa Rica  
Apartado postal: 86-3000 · Email-emora@irazu.una.ac.cr.

## SUMARIO

- Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos -2ª parte- 1  
EDUARDO MORA
- La política ambiental comadreja. EDUARDO GUDYNAS 7
- Los recursos naturales del bosque costarricense. Información básica. 9  
J. ESCRIBANO, J. J. JIMÉNEZ Y A. MORERA
- Quiénes somos: historia de la diversidad humana.* Libro de Lucca  
y Francesco Cavalli-Sforza (Ed. Crítica, Barcelona, 1995). FERNANDO PARRA 11

## Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos -2ª parte-

*Antes, todo el mundo estaba loco, dijo el más sutil de los últimos hombres.*

F. Fukuyama

EDUARDO MORA CASTELLANO

Si aparte del muy minoritario ecologismo "puro" nadie reniega de la obsesiva meta de crecimiento económico ni de lo que está en su base, que es la orientación productivista de nuestra sociedad (1), e, incluso, lejos de renegar de ello se sigue considerando que ha

de ser a partir del crecimiento económico que se aumente el bienestar social y llegue la riqueza a los grupos maltratados económicamente (gracias -en la versión marxista clásica- a un cambio social radical sobrevenido por el desarrollo de las *fuerzas productivas*, o, simplemente, gracias a haber

mayor disponibilidad de riqueza), entonces ¿desde qué posición puede hacerse resistencia a que el juego ciego del mercado, cada vez con menor interferencia política, haga desaparecer las actividades y los actores económicos bajamente productivos, lo cual redundaría en mayor productividad del sistema económico y en su crecimiento?

### La represión keynesiana de la libre expresión del mercado[WRL1]

En el segundo tercio de este siglo la resistencia a la libre expresión del mercado la ejerció el ya periclitado keynesianismo, que en el enfrentamiento de los problemas principalmente recesivos de la economía de entonces demostró ser una teorización y propuesta de acción económica efectiva. Tal postura, que desafió a la economía clásica negando que el sistema capitalista contara con suficientes mecanismos de autorregulación que le permitieran siempre lograr el pleno empleo de los medios de producción y recuperar su equilibrio, defendió, en efecto, denodadamente la intervención del Estado a través de la planificación, la inversión pública y una política fiscal de recuperación de ahorros privados ociosos a fin de alcanzar el pleno empleo, el crecimiento económico y evitar los desajustes cíclicos -todo esto sin importar mucho el monto del déficit presupuestario estatal generado en la maniobra-. El Estado, que deviene motor del desarrollo en el keynesianismo, según éste está llamado a paliar o contrarrestar aquella incomunicación existente entre los distintos agentes económicos que conduce a que ahorro e inversión no coincidan habiendo en consecuencia desempleo y un crecimiento económico por debajo de lo posible y necesario -incluso en condiciones de equilibrio económico-.

La propuesta keynesiana, acorde con su teoría, se ocupó centralmente de la atenuación de los perniciosos efectos que la acción del mercado tiene sobre ciertos sectores sociales en especial en los momentos de depresión del ciclo económico, mas "cuando en los años

setentas desaparecieron las condiciones económicas del consenso keynesiano, desapareció también el fundamento de actuación de una política que había eliminado parte de la crudeza de la tensión estructural entre capitalismo y democracia, entre la apropiación privada de la plusvalía y la norma democrática de la igualdad social" (2). El Estado keynesiano desempeñó el papel clave en la contención del movimiento obrero de la segunda postguerra haciendo que "los intereses de los asalariados y el desarrollo nacional de la economía se hicieran compatibles al menos retóricamente", logrando así en las sociedades una "*cultura política de la integración*" (3). En eso residía la valiosa función social del keynesianismo: "limitar la indignación y la capacidad de rebeldía de los ciudadanos, de modo que evitasen las tentaciones de mirar más allá, hacia los sistemas socialistas, en los que lord Keynes, por supuesto, no creía. Él era un conservador que pretendía, mediante la acción de la política económica, ayudar a sobrevivir al capitalismo; es decir lo contrario que Marx" (4). Mas ahora, además de que tal función no es necesaria en la tan transformada sociedad actual, donde la *cultura de la integración* ha sido reemplazada por la *cultura de la segregación* sin que el crecimiento económico capitalista peligre por ello, el Estado concertador y director de todas las actividades sociales tiene cada vez menos cabida, dado que desde hace tres siglos la sociedad ha venido diferenciándose tanto internamente en subsistemas (el económico, el político, el jurídico, la religión, la educación, etcétera), y complejizándose éstos tanto, que en este momento, más que nunca antes, ninguno puede ser dirigido desde fuera de sí, a ninguno le acomoda una autoridad exterior que lo rija, cada uno define sus propios derroteros y límites y se autocrea autorreferencialmente (5), sin dejar de seguir, eso sí, la orientación general que en la sociedad moderna impone el *principio de producción y productividad* (6), el cual desde el inicio de la Modernidad se hace crecientemente extensivo a todos los subsistemas sociales. De hecho, en el

enfrentamiento de los nuevos y abigarrados problemas objeto de preocupación social en las últimas dos o tres décadas, el Estado ha hecho evidente su insolvencia en tanto rector de la sociedad -en el tema ambiental ha demostrado especialmente su incompetencia, siendo ahí sobrepasado por las organizaciones ciudadanas independientes en la previsión, comprensión y planteamiento de soluciones a los problemas-.

La política económica keynesiana, que se probó exitosa en tiempos de recesión, fue corriente que hiciera desembocar las economías nacionales que se guiaban por ella en graves crisis fiscales de las cuales no se empezó a salir hasta fechas muy recientes, debido, en gran parte, a arraigados vicios y compromisos del mismo Estado keynesiano. Y, a pesar de tal política, el desempleo se fue perfilando como un fenómeno estructural, acrecentándose progresivamente en los años ochentas la masa de humanos excluidos de la actividad económica; se dio además un "deterioro de los niveles salariales generales como consecuencia de la presión sobre los costes laborales y de un crecimiento económico limitado, cuando no finalmente regresivo", y, contrastantemente, ocurrió una "mejora de la posición de las rentas de capital e incremento de los beneficios empresariales" (7).

Desde esa década, ya decaído el keynesianismo, el Estado se fue contrayendo en todas partes y los capitales y las mercancías se fueron internacionalizando haciendo caso omiso de las fronteras tradicionalmente resguardadas por los Estados-nación, quienes, comandados en muchos casos por partidos políticos hasta muy recientemente keynesianos, no han parado de tomar medidas en favor de la liberalización de la economía, de reducción del déficit fiscal y la inflación, de aumento del ahorro y -con frecuencia- de abaratamiento del crédito para la inversión; en suma, en favor de la estabilidad macroeconómica y la competitividad. Total, antes como hoy, tanto desde el keynesianismo como desde el

neoliberalismo, el objetivo final es el crecimiento económico, y tal estabilidad ahora es perseguida en función nada más que del relanzamiento y afianzamiento de dicho crecimiento y de lo que está en su base, la *productividad*, que es el nervio o tensión interna de la producción económica y de toda producción. A tenor de esto, y dicho sea como fresca ilustración, la CEPAL, en su *vigésimosexto período de sesiones* efectuado aquí en Costa Rica en abril de este año, se pronunció en el mismo sentido recién reseñado, llamando a las naciones americanas a duplicar su tasa de crecimiento económico, para lo cual, advierte, debe invertirse por lo menos el 28% del PIB, de lo cual es condición el aumento del ahorro interno y la atracción de capitales foráneos (8). En esto concuerdan las élites política y empresarial nacionales y foráneas, y disienten algunos keynesianos pertenecientes a la élite intelectual que intermitentemente ejercen posiciones en el Estado, pero ahora no.

#### **La legítima metástasis del mercado y de su racionalidad**

El proceso de diferenciación y especialización funcional dado en la sociedad contemporánea, que produce distintos subsistemas sociales independientes unos de otros (9), obviamente debe entenderse como una **tendencia** más acusada en las sociedades desarrolladas que en las nuestras, tendencia que, sin anular la intervención político-estatal, deja lugar a y además requiere que algunos subsistemas sociales como el jurídico -que entra así a sustituir parcialmente a la instancia político-estatal- se vean urgidos a intervenir en el acontecer de otros subsistemas procurando una mínima concertación y orden en el juego total de la sociedad, urgidos precisamente a causa de la independización creciente de las distintas esferas de acción, o subsistemas. Ante tal ausencia de autoridad sobre el sistema social en su totalidad, y habida cuenta que -como se dijo- éste se orienta progresiva y calladamente por el principio de producción que nos tiene de hinojos tras el crecimiento económico, el mercado, que es la instancia

concertadora y dinamizadora del subsistema de la economía, ha llegado a proyectar esta función suya a toda la sociedad, perfilando así una racionalidad de validez para toda ella, racionalidad que obviamente tiene su ánimo o corazón en el principio de producción y productividad. Porque entre este principio y el mercado hay una relación de continuidad o consecuencia, dado que ese principio, orientador de (ya casi) todas las actividades humanas de esta civilización, hace que tales actividades concurren al mercado -apegadas a la racionalidad derivada de él-, dado que ese es el único lugar donde todo *valor* producido -producido por tales actividades- puede realizarse, fuera de él no se realiza. Y es que todos los productos humanos han devenido *valores* (económicos); todas esas actividades humanas son productoras de *valores* o tributarias de un proceso de producción de *valor*, o consumidoras de *valores*, y el lugar natural de éstos es el mercado. Sólo actividades minoritarias y marginales están fuera: son, precisamente, marginales al mercado, no a ningún otro ámbito.

Es de acuerdo a tal racionalidad derivada del mercado que se dibujan *perfiles* y *competencias de los agentes sociales*, se bosquejan *patrones* y *límites de actividad* de ellos, se delinear *ámbitos*, *horizontes* y *metas de acción posibles*, etcétera, todo a partir -como se ha dicho- del principio asumido por nuestra civilización de que las relaciones humanas y con la naturaleza son esencialmente, por antonomasia, *productivas*: de confrontación entre dos entidades separadas que son sujeto humano y naturaleza (la cual deviene, a secas, *objeto* que ha de ser dominado), confrontación en la que el sujeto *invierte* fuerza de trabajo, *produce un producto* a partir de la transformación utilitaria de la naturaleza, obtiene entonces una *utilidad* y satisface *necesidades*, producción que debe ser maximizada al igual que debe ser aumentada la productividad, o sea, aumentada la eficiencia productiva, tensando así al máximo la relación sujeto-objeto y las relaciones entre sujetos.

Racionalidad ésta que juega crecientemente el papel de "autoridad" ordenadora del juego social total, no a través de la coerción sino filtrándose silentemente por toda la sociedad, seduciendo -es decir, *encantando*, *corrompiendo*, *haciendo caer*, pero no disciplinarizando-.

El mercado se convierte en la fuente privilegiada de legitimación y tasación de objetos, personas y naturaleza en general, en matriz organizadora -conferidora de coherencia- de la totalidad de actividades sociales, porque la cultura contemporánea se mira a sí misma y evalúa los objetos, las personas y la naturaleza en general, en términos de producción y productividad, y la producción es producción de *valores* que se realizan en el mercado, siendo éste el estímulo a la productividad a través de la competencia. Mientras que al Estado se le escapa progresivamente la especificidad de los cada vez más complejos subsistemas sociales, del mercado progresivamente no se va escapando nada de lo nuevo ni de lo más complejo. Mientras que el Estado debe imponerse con la violencia, el mercado ni siquiera debe desplazarse a cada ámbito de actividad social, sino que atrae centripetamente hacia su dinámica toda actividad social. Éstas caen en él como las moscas en la miel, en virtud -está ya dicho- de que el principio de producción, postulado por la economía política en el siglo XVIII y adoptado por la cultura moderna como orientador suyo, ha invadido crecientemente todos los ámbitos de acción de la sociedad moderna, arrinconando cualesquiera otros principios orientadores de la vida humana.

Respecto de esto, Francis Fukuyama de manera admirativa plantea que el afán del ser humano de ser reconocido por los otros como superior (*megalothymia*) constituía la orientación humana más socialmente determinante antes de la generalización de la economía de mercado y el advenimiento de la Modernidad, y que, precisamente, esta transformación histórica consistió en que el lugar socialmente central de dicho afán de

reconocimiento de superioridad pasó a ser ocupado por el deseo, deseo de consumo racional, deseo de adquisición de valores, deseo que "se manifiesta en una empeñada *economización* de la vida. (Deseo que) se extiende desde las cosas más altas a las más bajas: de los Estados europeos que no buscan grandeza e imperio, sino una Comunidad Europea más integrada para 1992, hasta el diplomado universitario que realiza un análisis interior de costos y beneficios de las opciones de carrera que se le ofrecen" (10). Deseo que, por obra del liberalismo, fue liberado de todos los obstáculos para que se expresara como codicia, y fue además emparejado con la razón en su forma de ciencia natural moderna, haciendo así posible el mundo económico moderno (11). Este emparejamiento, o sea, "el deseo de dominar la naturaleza mediante la ciencia natural moderna, que ha estado íntimamente vinculado con la vida económica capitalista, es, por su misma naturaleza, altamente 'thymótico'" (12). Es decir -según Fukuyama-, bajo el capitalismo se opera una sublimación tanto de la *megalothymia* como del simple *thymos* (el afán humano de reconocimiento, o vanidad) en favor de la producción y del éxito individual en el mercado.

Así, una vez que el mercado atrae e incluye en su campo todas las relaciones humanas (interhumanas, y entre humanos y la naturaleza), una vez que a todas las tiene estructuradas según la racionalidad derivada de él, entonces pasamos a concebir a partir de él no sólo las interacciones humanas y con la naturaleza sino también, incluso, la dinámica de los ecosistemas naturales: en ecología se plantea que los ecosistemas tienen cierta *productividad*, que los organismos desarrollan cierto *trabajo* para satisfacer *necesidades*, que hay *producción* de biomasa, etcétera. Esta conceptualización está cargada del siguiente sentido: entre los seres vivos, y entre ellos y su entorno abiótico, hay establecidas relaciones guiadas por la búsqueda de la satisfacción de *necesidades* particulares, en las que las partes despliegan un *trabajo* a través del que

*producen un producto* que es de *utilidad* para otra parte, relaciones, pues, marcadas por la discontinuidad, discretas y no circulares, entre partes que funcionan autónomamente y que se encuentran (como en un mercado) para intercambiar libremente productos producidos por cada cual independientemente: como si todo el ecosistema no obedeciera a una misma regularidad infragmentable, la cual, por cierto, es el mismo ecosistema. Lo que está operando aquí es la obsesión analítica de la ciencia moderna, la obsesión de especialización y de fragmentación de la sociedad moderna, la obsesión productivista de la economía política. Y es que si bien *pudiera* ser lícito *analizar* (!) el ecosistema y cualquier sistema, es obligado luego hacer la *síntesis* explicativa: reunir las partes -cuyo sentido en tanto partes es espúreo, porque la partición es sólo un medio para la comprensión del todo- a través de una reunión de las características definitorias de esas partes artificiales, reunión que devuelve la integridad al sistema, siendo ya impertinente, e incluso un timo, seguir hablando de partes que mantienen entre sí relaciones discretas: partes que *producen*, que obtienen *utilidad*, que satisfacen *necesidades*, etcétera.

No asombra, entonces, que el mercado se haya convertido en el tasador de todas las cosas y en el criterio de validación de todo lo posible. Allí lo bajamente productivo (escaso monto de la producción en relación con lo invertido) es visto de menos y, en concordancia, el juego del mercado, al que libremente se ingresa, lo marginará. El mercado hecho Dios, detenido a duras penas por el keynesianismo mientras el movimiento obrero pisaba fuerte, por la fuerza de las cosas ha emergido crecientemente como la racionalidad que integra un sistema social muy fragmentado en subsistemas muy especializados que, por esto mismo, se autoconstruyen autorreferencialmente, con la (casi) única orientación en común del principio de producción y productividad, en la que se basa y de la que se sustenta aquella racionalidad.

Aparte del keynesianismo, que parece haberse quedado sin lugar en la historia, ¿quién, desde qué posición, puede oponerse a esta racionalidad sin antes rechazar la orientación productivista de esta civilización y, junto con ella, la obsesiva meta del crecimiento económico-productivismo que, aunque canse repetirlo, no se limita al ámbito económico sino que orienta todos los ámbitos de acción humana-? Porque ¿cómo, coherentemente, puede hacerse oposición a esa racionalidad si no es recusándola en bloque con la obsesión por el crecimiento económico y la orientación civilizatoria a la que pertenece?

### Referencias

1. Orientación que desde el inicio de la Modernidad ha conducido a la desaparición de toda conformidad con la naturaleza y a estructurar la vida humana en inarmonía con ella: vivir para conquistar algo externo a la relación de reciprocidad entre humanidad y naturaleza, algo que hay que *producir*, que no está presente *naturalmente* en dicha relación, porque lo *naturalmente* presente es despreciable y merece ser expiado, que hay que *producirlo* mediante un esfuerzo especial, *no natural*, un esfuerzo que es el que conecta al humano con lo extranatural, con la salvación. Cf.: MORA, E. "Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos", en *Ambien-tico*, Nº 40, mayo 1996, pp. 11-16,

donde, siguiendo a Baudrillard (ver nota 6), se desarrolla esa posición.

2. DUBIEL, HELMUT. "Metamorfosis de la sociedad civil", en *DEBATS*, Nº 50, diciembre 1994, España, p.115.

3. DUBIEL, *ibid.*

4. ESTEFANÍA, JOAQUÍN. "Medio siglo sin Keynes", en *El País*, 20-4-96, p.11

5. Cf.: IZUZQUIZA, IGNACIO. 1990. *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Editorial Anthropos. España, pp. 194-200.

6. Cf.: BAUDRILLARD, JEAN. 1983. (1ª de. -en francés-: 1973). *El espejo de la producción*. Gedisa, México.

7. NAVARRO, MANUEL. "Desigualdades económicas: evolución y tendencias", en *Temas para el debate*, Nº 17, abril 1996, España, p. 60.

8. Cf.: LA NACIÓN, 14-4-96, p. 14A; LN, 15-4-96, p. 8A; LN, 16-4-96, p. 5A; LN, 18-4-96, p. 25A; LN, 21-4-96, p. 5A, etcétera.

9. IZUZQUIZA, *ibid.*, p. 284.

10. FUKUYAMA, FRANCIS. 1992. *El fin de la Historia y el último hombre*. Editorial Planeta Mexicana, México, p. 265.

11. *Ibid.*, p. 441.

12. *Ibid.*, p. 422.

### Videoteca ambiental en la UNA

La Facultad de Cs. de la Tierra y el Mar y la Escuela de Cs. Ambientales han constituido, y están ampliando aceleradamente, su videoteca ambiental. Ella cuenta ya con más de 160 videos sobre la relación sociedad-naturaleza (p.e.: deforestación, contaminación de aguas, estructura ambiental urbana...), también sobre temas estrictamente biofísicos (p.e.: especies silvestres, volcanes...) y, finalmente, sobre aspectos de la relación sociedad-naturaleza en los que el acento está puesto en la actividad humana (p.e.: técnicas de cultivo de ciertas especies, procedimientos para la medición de la contaminación del aire...).

La videoteca está al servicio de quienes la necesiten.

Se agradecerá el aporte de nuevos videos y las recomendaciones e indicaciones para su adquisición.

(Comunicarse con Marjorie Barrientos, tfno. 277-3290, o Enrique Arguedas, tfno.277-3233)